

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 27 Agosto de 1892

Núm. 13

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



EN LA POLTRONA

CUADRO DE JOSÉ M. TAMBURINI



## SUMARIO

**Texto.** — Crónica, por B. — Creso y Solón, versión directa del griego, hecha expresamente para LA VELADA, por E. DE MIER Y B. — Las hormigas, por \*\*\*. — Débbora (poesía), por J. FEDERICO MUNTADAS. — El Viernes de Dolores, por el P. LUIS COLOMA. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN. — Advertencias.

**Grabados.** — En la poltrona, cuadro de JOSÉ M. TAMBURINI. — Malos naipes. — Buenos naipes, cuadros de W. HASSELBACH. — Un valiente, cuento vivo, por APELES MESTRES.

## Crónica

**A** San Sebastián convergen en este mes de Agosto las miradas de todo el mundo en España, porque á aquella ciudad se traslada en el verano la vida de la villa y corte de Madrid. La presencia allí de nuestros augustos reyes, para cuya salud son tan propicios el clima y los baños de mar en aquella pintoresca ciudad y playa, son causa de que lo más granado de la capital de España se instale cabe la morada veraniega de los monarcas y de que, si algo ocurre en política, que suele ser poco, en San Sebastián se inicie y se desarrolle. Este año las distracciones propias de aquella ciudad se llevan principalmente la atención, dormitando la política.

Suceso de significación para la Iglesia de España es siempre el nombramiento de prelado para la silla arzobispal de Toledo, y esta significación sube de punto cuando el elegido es un purpurado de tan superiores cualidades y méritos como el cardenal Monescillo, hasta ahora arzobispo de Valencia. Natural es, por lo tanto, que los toledanos acogieran con júbilo su designación, y que al recibirle hayan echado, conforme se dice, la casa por la ventana en expresiones de regocijo en todas las formas imaginables. Las fiestas llevadas á cabo con motivo de la toma de posesión y de la entrada del cardenal Monescillo han sido populares en toda la extensión de la palabra, porque en ellas han tomado parte todas las clases sociales. Con ellas se ha renovado la memoria de los ostentosos festejos que en la Edad Media y en los tiempos de la casa de Austria verificaba la imperial ciudad de Toledo para recibir á sus arzobispos primados con pompa y solemnidad verdaderamente regias. La costumbre antiquísima de arrojar desde el coro alto de la catedral monedas á los pobres, que las cogen dando sendos tumbos y trompicones, se ha seguido esta vez, punto por punto, al tomar posesión de la silla, en representación del eminentísimo arzobispo, el capellán mayor del rito muzárabe señor Rodríguez. Más de doscientos sacerdotes concurrieron á esta ceremonia, como á las demás que se hicieron, todas con la grandeza y riqueza peculiares á la seo toledana. Difícilmente puede concebirse fondo más apropiado para tales actos religiosos que el de aquella iglesia y el de aquella ciudad. La imponente grandeza de las naves de la iglesia mayor, la pureza de sus líneas arquitectónicas en lo capital, el esplendor de sus magníficas vidrieras llenas de imaginería, el arte y los tesoros de inteligencia y de dinero que representan sus numerosos objetos litúrgicos y ornamentos, cada uno de por sí encanto del artista y juntos asombro del que posee

alma de tal, aun cuando haya visitado las más insignes iglesias y los más notables museos, todo esto forma un caudal imponente de elementos que acrecientan la significación y la sublimidad de tales ceremonias. La ciudad de Toledo, por otro lado, con sus callejas y costanillas, con sus arcos, con los preciosos edificios arábigos, mudéjares, ojivales y platerescos que se encuentran al revolver de cada esquina, con sus viejos palacios blasonados y con las viejas casas cobijadas por elegantes voladizos, es lugar indicadísimo para que cobren aspecto más grandioso las procesiones y todas las ceremonias que se verifican fuera del recinto del templo. En la ocasión de que hablamos, se ha reproducido de nuevo este espectáculo, con el cual ha dado una vez más el pueblo español muestras elocuentes de su espíritu profundamente católico.

\*\*\*

Con estos actos regocijados de la Iglesia, forman contraste las dolorosas y repugnantes escenas que han ocurrido en Roma. Las asociaciones católicas que acudieron á tributar un homenaje de respeto y de admiración á la memoria de Cristóbal Colón, siguiendo los consejos de Su Santidad en la carta á los obispos, de que tienen noticia nuestros lectores, se vieron escarnecidas, silbadas y apedreadas por las sociedades masónicas y por los librepensadores de que se halla plagada la capital del orbe católico. Al tratar de depositar los católicos sus coronas al pie del busto de Colón, encontráronlo volcado y cubierto de banderas tricolores. Siguióse á esto confusión espantosa, en la que se defendieron los manifestantes como pudieron y en la que hubieron de intervenir los agentes de la autoridad, quienes lo hicieron con su característica flojeza, cuando se trata de proteger á los católicos. Por la noche del mismo día en que ocurrieron estos hechos, á los gritos de «¡Abajo el Vaticano!» «¡Viva Giordano Bruno!» y «¡Roma intangible!» otra muchedumbre, que agitaba también banderas tricolores, recorrió calles y plazas, tolerándolo la policía, y acabó—por no poder llevar á cabo desafuero mayor—pegando fuego á las colgaduras que adornaban la fachada de San Andrés del Valle, por celebrarse en esta iglesia fiestas á San Cayetano. Estos sucesos causaron triste impresión en el ánimo del papa León XIII y de todas las personas que le rodean, y fueron nueva prueba de que el Sumo Pontífice, el Jefe visible de la Iglesia Católica, no tiene en Roma la libertad que debería poseer para el ejercicio de su santa y salvadora misión, libertad de que carecerá, sean cuales fueren las leyes que dicte el gobierno italiano, mientras no recupere el Poder temporal, del que fué desposeído por la revolución triunfante.

\*\*\*

Malas nuevas, asimismo, nos ha traído el mes de Agosto, del imperio de Marruecos, nuevas que han llegado á sembrar alguna inquietud entre los vecinos europeos de la ciudad de Tánger. Saben nuestros lectores que algunas kabilas de aquellas cercanías, singularmente la de Anghera, andan, no sólo remisas, sino que se muestran rebeldes en conceder al sultán la obediencia que le deben, uniendo á esta rebeldía actos de violencia que hacían doblemente necesaria la represión. Acudieron á ella las tropas imperiales, mas con escasa fortuna en el primer encuentro, puesto que si en realidad de verdad no sufrieron una derrota completa, experimentaron por lo menos un serio revés, y hubieron de replegarse hacia Tánger. Como ocurre siempre en las luchas con los ma-



roquies, no faltaron escenas de barbarie, que acusa el escaso influjo que ha tenido hasta ahora en aquellas tribus la civilización europea. Las tropas del sultán volvieron luego á la carga é incendiaron algunas aldeas de los rebeldes, encontrando escasísima resistencia. Decíase que los de Anghera se sentían ya desanimados y se confiaba que con los refuerzos imperiales y con el hecho de haberse unido á las tropas leales una de las kabilas más belicosas, la insurrección quedaría quebrantada de momento y en breve completamente dominada. El gobierno español no ha enviado buque alguno de guerra á las aguas de Tánger, á fin de proteger á los nacionales en caso necesario, porque no ha creído que por ahora pudiesen encontrarse en situación de acudir á este amparo. Se ha limitado á dejar estacionado en Cádiz el vapor *Alfonso XII*, dispuesto á presentarse en Tánger, tan pronto como recibiese orden de hacerlo.

B.

## Creso y Solón <sup>(1)</sup>

VERSIÓN DIRECTA DEL GRIEGO, HECHA EXPRESAMENTE  
PARA «LA VELADA»

**S**UBYUGADOS estos pueblos, é incorporados á los lidios por Creso, Sardis floreció por sus riquezas, y la visitaron todos los sabios coetáneos de la Grecia, y entre ellos Solón, el ateniense, el cual, habiendo dado leyes á Atenas, se ausentó diez años so pretexto de viajar, pero en realidad para no verse forzado á derogar sus leyes. Los atenienses no podían hacerlo, vedándosele solemnes juramentos, en cuya virtud se obligaban á observarlas durante esos diez años.

Viajando, pues, Solón para conocer las costumbres de los diversos pueblos, llegó á Egipto, en donde reinaba Amasis, y después á Sardis, en donde reinaba Creso. En esta última ciudad fué hospedado en el palacio real por orden de Creso; y después, á los tres ó cuatro días, los servidores del rey, obediendo sus mandatos, lo acompañaron para enseñarle sus tesoros, y para que admirase la ventura y la grandéza de su dueño. Examinado todo por su orden, díjole Creso:

—Huésped ateniense, hasta nosotros ha venido la fama de tu sabiduría y de tus viajes, no hechos con otro propósito que con el de conocer las costumbres de los hombres. Desearía que me dijese cuál es, en tu juicio, el más feliz de todos.

Preguntábale esto, porque él creía serlo.

Solón, esquivando toda lisonja, y sin atender más que á la verdad, le replicó:

—Telón el ateniense, ¡oh rey de los lidios!

Sorprendido Creso, y nada satisfecho de sus palabras, añadió:

—¿Por qué crees que Telón es el más feliz?

Solón respondió entonces:

—Telón, ciudadano de una ciudad floreciente, tuvo hijos hermosos y buenos, y estos hijos le dieron nietos, no muriendo ninguno de ellos: disfrutó de cuantiosos bienes de fortuna, con relación á la riqueza de nuestra ciudad, y murió al cabo con tanta prez como honra;

porque en una batalla, habida entre los atenienses y sus comarcanos de Eleusis, socorrió á los primeros, derrotó á los enemigos, y combatiendo pereció con la mejor de las muertes. Los atenienses le erigieron un sepulcro, costeado por la ciudad, en el paraje en donde sucumbió, y le tributaron grandes honores.

Cuando Solón puso término á sus alabanzas á Telón, tan feliz en su concepto, preguntóle Creso de nuevo á quién estimaba más feliz después de su conciudadano, creyendo que lo nombraría.

Pero el otro replicó:

—Cleobis y Bitón. Ambos eran argivos, contaban con lo suficiente para vivir, y se distinguían por su vigor corporal: ambos también habían ganado premios en los certámenes públicos. Cuéntase de ellos que en las fiestas de Juno, y habiendo de asistir su madre al templo en una carreta, no vinieron los bueyes del campo en el momento oportuno; y no pudiendo aguardar más, los dos mancebos, sustituyéndolos, arrastraron la carreta que llevaba á su madre y la condujeron al templo después de recorrer cuarenta y cinco estadios. Todos los circunstantes, llenos de gozo, contemplaron su obra, muriendo poco después, sin duda por mandato del cielo, para probar que la muerte es mejor para el hombre que la vida. Los argivos, que los rodeaban, celebraban la fuerza de Cleobis y Bitón, y las argivas bendecían á su madre por tener tales hijos. La madre, muy contenta con la acción de sus hijos y con los elogios que escuchaba, ante la imagen de la diosa le pidió que, en premio de la honra que habían dado á su madre, les concediese el bien supremo para el hombre. Después de esta oración, y acabado el sacrificio, Cleobis y Bitón comieron espléndidamente, y se durmieron los dos en el mismo templo y no despertaron más, sino ambos murieron. Los argivos les erigieron estatuas por sus méritos y las consagraron en Delfos.

Cuando Solón adjudicó el segundo lugar de la felicidad á los dos argivos, Creso encolerizado, le dijo:

—Huésped ateniense, ¿en tan poco tienes nuestra ventura, que no la iguales siquiera á la de simples particulares?

Solón replicó:

—Sé ¡oh Creso! que los dioses nos envidian y perturban nuestra dicha, y que tal es la condición humana. Muchas contrariedades se experimentan en una larga vida, y muchos son nuestros sufrimientos. Supongo que se dilate nuestra existencia hasta los 70 años. Componen estos años 25,200 días, prescindiendo de los meses intercalares; pero si quieres hacer más largos esos años, añadiendo ese mes á cada dos años, á fin de que las estaciones sobrevengan en el tiempo conveniente, en los 70 habrá de más 35 meses, cuyos días sumarían 1,050. Pero en estos 26,250 días, que juntos componen los 70 años, no hay uno solo igual en todo á otro para nosotros. Siendo así, ¡oh Creso! todo hombre es una serie continua de vicisitudes. Creo que eres muy rico, y soberano de muchos pueblos, pero no podré responder á tu pregunta mientras no sepa que has sido dichoso hasta la muerte. El hombre muy rico, por serlo, no es más feliz que el que cuenta con lo necesario para vivir, á no ser que habiendo disfrutado de ventura mientras vivió, ésta le acompañe también á la muerte. Muchos que nadan en la opulencia son harto desdichados, y muy felices otros que sólo cuentan con mediana fortuna. Porque el muy rico sólo aventaja en dos cosas, si es desventurado, al favorecido por la fortuna, y éste, á su vez, aventaja en muchas al poderoso desdichado. El uno puede satisfacer sus deseos

(1) *Herodoti historiarum libri IX*, edición de Didot, libro I, párrafo XXIX, que comienza κατεστραμμένων δὲ αὐτῶν, y termina en el párrafo LXXXVI τε καὶ τοῦ μετὰ Κροίσου.



y resistir grandes pérdidas, y sólo en esto excede al otro, al cual, aunque no puede satisfacer sus deseos de la misma manera, ni triunfar de los daños materiales, le es, en cambio, lícito esquivar unos y otros con su buena fortuna, y además conserva el uso de sus miembros, se ve sano, libre de males, hermoso y bendecido por sus muchos hijos. Si además de esto acaba bien su vida, será el que tú buscas, y digno en realidad de ser llamado feliz; pero antes de morir no lo califiques de ese modo, y conténtate con afirmar que es afortunado. Pero es imposible que á un tiempo posea el hombre todo esto, como no hay ningún país que produzca cuanto necesita, sino al contrario, la mayor parte, abundando en ciertas cosas, necesita de otras, siendo el mejor el que más tiene. Así también el cuerpo humano no dispone de cuanto le es indispensable: si está dotado de algunas prendas, fáltanle otras. Aquél, pues, que reúne mayor número y perece al fin venturoso, ese, para mí, ¡oh rey! es el que merece ser llamado feliz. Menester es, por tanto, conocer el fin de todas las cosas, y saber cuál es, porque muchos dichosos algún tiempo por don del cielo, fueron luego víctimas de tremendas desventuras.

Al hablar así Solón á Creso, no se concilió su favor, despidiéndolo en seguida sin explicar la razón de su desvío, y considerándolo ignorante, porque sin hacer caso de los bienes presentes, aconsejaba que sólo se tuviese en cuenta el fin de todas las cosas...

.....

Pero los persas tomaron á Sardis, é hicieron prisionero al mismo Creso, que había reinado catorce años, sufriendo el cerco catorce días...

Los persas, después de coger prisionero á Creso, lo llevaron á Ciro. Éste mandó elevar una gran pira y poner en ella á Creso, sujeto con esposas, y con él á catorce hijos de los lidios, ya proponiéndose ofrecer estas primicias á los dioses, ya en cumplimiento de algún voto, ya porque habiendo sabido cuánta era la piedad de Creso, quería hacer otra prueba, á ver si algún dios lo libraba de ser quemado vivo. Dícese que Ciro hizo esto, y que Creso, ya en la pira, y á pesar de su inmensa desdicha, recordó las palabras de Solón de que ningún mortal es dichoso y que algún dios se las había inspirado. Al acordarse, pues, de esto, cuentan que, después de guardar largo tiempo silencio, volviendo en sí, y dando un gemido profundo, invocó tres veces á Solón. Ciro, al oírlo, ordenó que se preguntara á los intérpretes á quién había invocado Creso, y que lo averiguasen acercándose á él. Creso nada respondió, pero luego, forzándole á hablar, dijo:—Que era un hombre, cuya conversación estimaba en más que las mayores riquezas de todos los reyes.—Y como su respuesta fué algo oscura, instáronle de nuevo para que la aclarase. Cansado de sus importunidades, y de su concurrencia, cada vez mayor, replicóles:—Que Solón el ateniense había visitado su reino; que había visto todas sus riquezas, menospreciándolas; que le había sucedido cuanto aquél le había anunciado, si bien no se había dirigido á él mismo, sino á la generalidad de los hombres, y especialmente á los que se estimaban más felices.—Así les habló Creso, cuando ya se había encendido la pira y ardía en sus partes extremas, y Ciro, al oír las palabras pronunciadas por Creso, se arrepintió de su propósito, reflexionando que él era también hombre y que condenaba á morir abrasado á otro hombre, no menos feliz que él, y temeroso también de la venganza divina, y convencido de que nada humano es estable, ordenó que

se apagase en seguida la pira, y que bajasen de ella á Creso y á cuantos lo acompañaban.

E. DE MIER Y B.

## Las hormigas

EL libro de los Proverbios contiene dos célebres pasajes referentes á las hormigas. Dice el capítulo VI, versículos 6-8.

«Anda, oh perezoso, ve á la hormiga, y considera su obrar, y aprende á ser sabio.

Ella, sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, se provee de alimento durante el verano, y recoge su comida al tiempo de la siega.»

Más adelante en el capítulo XXX, versículo 25:

«Las hormigas, ese pueblo debilísimo, el cual al tiempo de las mieses se provee de víveres.»

A cuatro puntos capitales puede reducirse lo que Salomón nos dice, referente á esos industriosos insectos: 1.º Son modelo de actividad y de trabajo. 2.º Forman una especie de pueblo: 3.º No tienen jefes: 4.º Se proveen de alimento durante el verano, y son de este modo, modelos de previsión.

Pasemos á examinar sucesivamente estos diferentes aspectos y á demostrar cómo lo han confirmado los más distinguidos naturalistas, á pesar de que algunos hayan pretendido hallar inexactitudes en las palabras del rey Salomón. A este fin consultaremos los más recientes trabajos que se han publicado referentes á las hormigas, en particular los de sir John Lubbock.

### I

«Los caracteres antropológicos de las hormigas, dice sir John Lubbock al empezar su obra, son, dada la conformación de su cuerpo, de todos los animales los que se asemejan más á los del hombre, pero al considerar sus costumbres, su organización social, la extensión de sus comunidades, el artificio de sus viviendas, sus caminos, los animales domésticos, y hasta en algunos casos los esclavos que han sometido bajo su dominio, es preciso creer que tienen perfecto derecho á reclamar el segundo lugar, después del hombre, en la escala de la inteligencia.»

Estos diminutos insectos son objeto de estudios interesantísimos, y los que se dedican á conocer sus costumbres y sus hábitos llegan á cobrar una verdadera pasión en su estudio. A pesar de ello, el especial modo de vivir de dichos insectos dificulta el perfecto conocimiento de los mismos y es causa de que no se sepa todavía á punto fijo á qué atenerse con respecto á determinados aspectos que no carecen por cierto de importancia. El extraordinario número de especies distintas constituye también otra dificultad en este estudio, porque sucede á menudo que se ignora si lo que se aplica á una especie puede aplicarse á otras. En la actualidad se conocen más de mil especies distintas, y presentan tal diversidad sus costumbres, que no se encuentran dos que las tengan iguales, á pesar de que la inmensa mayoría ofrecen puntos de semejanza. Ordinariamente pasan la vida debajo tierra, donde se instruyen durante su infancia; esto dificulta muchísimo el estudio que de ellas puede hacerse. Además, en los climas cálidos, que es donde más abundan, es precisamente



donde hay menos naturalistas, y, por consiguiente, donde menos se les ha estudiado. En vista de todo esto, pues, no ha de sorprendernos que los varios autores que se han ocupado en estos insectos, no se hallen siempre de acuerdo y hagan á menudo extensivo al género lo que sólo conviene á la especie. Veamos los hechos generales que parecen mejor fundados.

La vida de la hormiga comprende cuatro períodos perfectamente distintos: primero es huevo, luego larva, más tarde crisálida (*pupa*) y por último, insecto perfecto (*imago*). Los huevos ó son blancos ó algo amarillentos y un poco prolongados; las hormigas nacen al cabo de quince días, de un mes, ó de seis semanas. Las larvas son unos blancos gusanillos, sin patas y de forma cónica, algo más estrecha en la cabeza; las obreras les proporcionan el alimento y les prodigan toda clase de cuidados trasladándolas de una á otra vivienda, sin duda con el fin de procurarles el conveniente grado de calor y de humedad. Están casi siempre colocadas en hilera por orden de edad y de dimensiones, de suerte que se les ha comparado á una escuela dividida en cinco ó seis clases.

Al cabo de uno ó varios meses las larvas se convierten en crisálidas, unas encerradas en su capullo, otras desprovistas de él, y pasados algunos días son ya insectos perfectos. Les auxilian en esta transformación las hormigas más crecidas, que extienden para ello cuidadosamente sus tiernas patitas y alisan sus alas suavemente. La vida de las hormigas se ha considerado hasta hoy de escasa duración; no obstante, Mr. Lubbock ha conservado algunas por espacio de más de siete años, y en la traducción francesa de su libro, dice poseer en 1883 reinas de más de ocho años de edad.

El nido de las hormigas se compone de tres clases de individuos: las obreras ó hembras imperfectas ó neutras, que forman la mayoría; los machos, y las hembras perfectas. Hay, además, varias reinas con alas como los machos, pero que después de haber volado una vez se las quitan y no salen ya de su nido. Las obreras son las que se ven comunmente y las que por su extraordinaria actividad y su maravillosa industria han sido citadas como ejemplo al perezoso, por el rey Salomón; su actividad es, en efecto, admirable.

«Las hormigas trabajan todo el día, y durante el verano hasta por la noche, si es necesario; he observado una hormiga desde las seis de la mañana y la he visto trabajar sin descanso hasta las diez y cuarto de la noche; colocada cerca de una copa que contenía larvas, transportó en el espacio de tiempo indicado por lo menos ciento ochenta y siete al nido. Otra hormiga, que me ha servido también en mis experimentos durante muchos días consecutivos, cuando por la mañana salía para Londres ó bien por la noche cuando me acostaba, tenía la costumbre de encerrarla dentro de una botellita; en cuanto la dejaba escapar volvía de nuevo al trabajo. Una vez me ausenté por espacio de una semana de mi casa y á mi regreso la solté del encierro y la puse sobre un montón de larvas, á unos tres pies aproximadamente del nido; no esperaba, en verdad, que en tales circunstancias trabajara, y sin embargo, á pesar de los seis días de encierro, el animoso insecto cargó en seguida con una larva, la llevó al nido, y después de media hora de descanso vino de nuevo para buscar otra.»

En nuestros climas las hormigas hacen, por lo común, sus provisiones individualmente, pero en los climas cálidos varias especies trabajan en bandadas y forman pequeños ejércitos, á cuya vista huyen los demás insectos. «En todas partes donde se presentan los *Ecitons*, dice Bates,

tiemblan todos los animales y cada uno de ellos procura ponerse á salvo abandonando el camino; en particular las diversas tribus de insectos sin alas tienen motivos para atemorizarse... El modo de operar de aquellos ejércitos, del cual no he podido formarme un perfecto cargo hasta después de largas observaciones, es el siguiente: la columna principal, formada de cuatro á seis de fondo, adelanta en una misma dirección, limpiando el suelo de toda suerte de animalitos, tanto vivos como muertos, y destacando á distintos puntos una columna volante para hacer provisiones por algunos minutos en los flancos del cuerpo del ejército, en cuyas filas entra de nuevo una vez cumplido su cometido. Si se encuentra al paso algún sitio rico en alimentos como, por ejemplo, un montón de maderos corrompidos, en el que abundan larvas de otros insectos, hacen alto y una fuerza considerable de hormigas se agrupa sobre la presa.»

¡Quién no se ha detenido alguna vez á contemplar la proverbial actividad de un hormiguero! ¡Quién puede dejar de ver con vivo interés la animación, el incesante movimiento sin tregua ni reposo, el continuo vaivén de esos centenares de insectos que se cruzan en todas direcciones, sin que nada les detenga ni sea capaz de disminuir la rapidez de sus movimientos! En la larga hilera negra, que á veces alcanza algunos metros, reina la más viva animación en toda su longitud; ni un solo holgazán ni un perezoso se ve en ella. Esta agitación no es por cierto estéril y sin fruto, pues son infatigables obreras que no tan solamente llevan una carga extraordinaria, si se atiende á la pequeñez de sus cuerpos, sino que ejecutan verdaderas obras de arte, en las que son más admirables todavía, como veremos al considerarlas como sociedad organizada, ó según la expresión de los Proverbios, como pueblo débil en la apariencia, pero fuerte por la organización y por el trabajo.—\*\*\*

(Concluirá).

### Débbora

Oí, fuertes de Israel! pues vuestra vida al peligro expusisteis sin temor, desarmados, con alma agradecida, bendecid al Señor.

¡Reyes, oid! el yugo ignominioso de Sisara y Jabin rompió Jahel: Débbora entona un himno al poderoso Señor Dios de Israel.

Lanzó el cielo diluvios, con violencia, cuando el Señor á Edom fué de Seirí, y en humo se deshizo en su presencia el monte Sináí.

Después que á Jehovah, Débbora invoca dice á Barac:—Por mí te habla el Señor: sin vacilar, tu ejército coloca sobre el monte Thabor.

Dijo Barac:—A tanto no me obligo: en el brazo de Dios pongo mi fe; mas yo no voy si tú no vas conmigo. Dijo Débbora:—Iré.

Ya suben los valientes á la cumbre del Thabor... los conduce Jehovah; y acaudilla Barac la muchedumbre, y allí Débbora está.

Sisara sabe que los combatientes contra Jabin alzaron el pendón,



y de Hasoreth, llamado de las gentes,  
va al torrente Cisón.

Lleva seiscientos carros muy veloces,  
y otros trescientos más contra Israel;  
y van armados de tajantes hoces  
los carros del infiel.

Y Débhora á Barac le dice: — ¡Miral  
esas huestes que avanzan, como ves,  
arrojará Eloim, ardiendo en ira,  
rotas á nuestros pies.

Bajemos á su encuentro. — De repente  
sintió Sísara insólito pavor,  
y sus carros huyeron y su gente  
á la voz del Señor.

Furiosos, en la fuga se empujaron,  
y en aquel angustioso frenesí  
carros, caballos y hombres se estrellaron  
al chocar entre sí.

Hombres, caballos, carros y trofeos;  
todo en montón informe se trocó:  
con vida, de entre tantos chananeos,  
uno solo quedó.

El fugitivo Sísara, rendido  
llega á una tienda: — Como gran merced  
(le dijo á una matrona) agua te pido,  
que me mata la sed.

Bebió, y después le dijo: — Es oportuno  
que en la puerta vigiles dónde estás;  
y si alguien te pregunta: «¿Hay aquí alguno?»  
«Nadie,» responderás.

Ve Jahel que ya duerme el gran caudillo  
que azote fué del pueblo del Señor:  
resuelta coge un clavo y un martillo,  
y mira en derredor.

Y exclama: — Jehová, ¡tu nombre alabo!  
Tú mi firmeza serás y mi sostén;  
y avanzó cautelosa y puso el clavo  
de Sísara en la sien.

Y un golpe descargó tan rudo y fiero  
que de Sísara el cráneo atravesó...  
¡Juicios de Dios! Del sueño, aquel guerrero  
á la muerte pasó.

Y entró Barac. — Si buscas al malvado  
chananeo de Assor, dijo Jahel,  
su cadáver recoge... ¡Han triunfado  
los hijos de Israel!

Y así Débhora ensalza la victoria:  
— ¡Tribus de Nephtalí y de Zabulón!  
¡Cantad gozosas el poder, la gloria  
del Santo de Sión!

J. FEDERICO MUNTADAS.

## El Viernes de Dolores

Consolatrix afflictorum.  
Ora pro nobis.

I

La Cuaresma tocaba á su fin, al mismo tiempo que la primavera comenzaba á anunciarse en Sevilla con sus dos heraldos obligados: el azahar de sus naranjos y los innumerables extranjeros que á ella acuden en este tiempo delicioso. Los primeros la ciñen como la corona de una desposada; los segundos la invaden como

una bandada de gorrones desocupados. Los primeros la perfuman; los segundos la calumnian con monstruosas relaciones de viajes por una España fantástica que sólo existe en la necedad ó en la malicia de algunos de estos *touristes* de ambos sexos.

La Cuaresma tocaba á su fin, decíamos, y las numerosas cofradías existentes en Sevilla celebraban, en honor de sus respectivas imágenes, esos septenarios y novenas cuyo esplendor y magnificencia han conquistado el nombre de católica por excelencia á la vieja sultana, á quien puso el santo rey Fernando una cruz por encima de su turbante.

El día 1.º de Abril había comenzado el Quinario del Santo Cristo de la Expiración, y debía de terminar el Viernes mismo de Dolores. La pequeña capilla situada en la plaza del Museo abría sus puertas de par en par á la multitud de fieles que acudía á postrarse ante la famosa imagen que tan admirablemente representa la agonía del Salvador. Destacábase ésta en el retablo del fondo, sobre un rico cortinaje de terciopelo negro tachonado de estrellas. Sus manos extendidas ofrecían á todos amparo; sus ojos, quebrados ya por la muerte, miraban todavía con misericordia; sus labios cárdenos habían ya pronunciado el *Consummatum est* que abrió á los hombres las puertas del cielo, y parecían exhalar entonces aquel último suspiro, mezcla sublime de amor y de dolor, como lo fué la vida entera del Dios-Hombre. Al pie de la cruz estaba la imagen de María, la madre de los afligidos, ofreciendo como modelo, á estos hijos predilectos suyos, aquel dolor tan sosegado que á todo dolor enfrena; tan sin consuelo que á todo dolor sobrepuja; tan inmenso como el mar, *velut mare*, en lo profundo, en lo amargo!...

Hallábanse enfilados por debajo del presbiterio doce gruesos cirios, colocados en pedestales de plata; al pie de cada uno velaba de rodillas un devoto del Santísimo Sacramento. Era uno de éstos un anciano más que sexagenario: notábase en toda su persona esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre en los grandes dolores. Su frente se apoyaba en el cirio, como si la doblegase el peso de un pensamiento; sus brazos caían á lo largo del cuerpo; sus ojos no se abrían; de sus labios se escapaban á largos intervalos palabras entrecortadas que parecían pedir algo, con esa convulsa energía que inspira al dolor la fe acrisolada, con esa agonía terrible del alma cuyo único paliativo en la tierra es el llanto. Y, sin embargo, sus ojos permanecían secos, como un manantial agotado; su cuerpo inmóvil, como una pena clavada en el alma sin esperanza y sin remedio!

El Quinario tocaba á su fin, y el coro entonó la letanía de la Virgen. El anciano pareció entonces salir de su letargo; fijó los ojos en la imagen de María, y cruzó las manos sobre el pecho: — ¡Ora pro nobis! — repetía con el pueblo. Poco á poco comenzaron á deslizarse por sus mejillas lágrimas que le consolaban, y de su pecho se escaparon algunos sollozos que daban salida á su angustia. El coro entonó al fin el *Consolatrix afflictorum*, y un llanto abundante brotó entonces de los ojos del anciano, mientras extendía los brazos hacia el altar, exclamando, en voz tan alta que todos lo oyeron: — ¡Ora pro nobis!... ¡Ora pro nobis!...

Algunas personas volvieron el rostro sorprendidas; nadie se movió, sin embargo. Sólo una señora anciana, que se hallaba sentada tras él, se levantó, como obediendo á un movimiento instintivo, y luego volvió á sentarse en su pequeño banquito de tijera.

Al terminar el Quinario ya había anochecido; la señora



se dirigió á la puerta, y á poco salió también el anciano. La señora dió dos pasos hacia él, como titubeando, y se detuvo al fin, contenida por ese sentimiento de delicadeza, propio de las almas elevadas, que, al compadecer y consolar el dolor, empiezan por respetarlo. Por otra parte, nada revelaba en aquel anciano ninguna de esas necesidades apremiantes que puede remediar un pronto socorro. Era su traje de luto, y, aunque raído, aseado y decente, su porte y sus modales, los de una persona de la clase media.

La señora, no obstante su agilidad, parecía de edad muy avanzada. Era delgada y de pequeña estatura; una de esas graves, modestas y al mismo tiempo airosas mantillas españolas, que el capricho de nuestras damas va substituyendo con el descarado sombrero extranjero, cubría sus cabellos blancos; alisábanse éstos sencillamente, formándole en ambas sienes dos de esos pequeños rizos que, con el nombre de *nenes*, introdujo la moda en los tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Nada brillaba en su vestido, negro y sumamente modesto; sólo se veía en su mano izquierda un rico anillo, en que, bajo una corona real, se hallaba esculpido el famoso «No me ha dejado» que en premio de su lealtad añadió don Alonso el Sabio al blasón de su fiel ciudad de Sevilla (1). Pendiente del brazo izquierdo llevaba uno de esos banquitos de tijera que para sentarse en las iglesias usan las señoras; colgábase del derecho un bolsito de tafetán negro, semejante á los que veinte años atrás usaban las elegantes con el bien aplicado nombre de *ridículos*. El anciano se dirigió lentamente hacia la calle de las Armas, agobiado por el peso de su dolor; la señora permaneció inmóvil, viéndole ir, como si luchase entre la caridad que la impulsaba á interrogarle, y la discreción que la detenía, temerosa de ofender con alguna pregunta indiscreta aquella pena desconocida.

A la tarde siguiente, ambos ancianos se encontraron también en el Quinario del Santo Cristo; mudo él, é inmóvil como la víspera, pero aun más abatido: ¡su dolor tenía veinticuatro horas más de peso!...

Escapábanse á veces aquellas palabras entrecortadas que, cual las rachas de una borrasca, llegaban á oídos de la anciana sin que pudiese descifrarlas, pero haciéndole sentir toda su amargura, porque eran sin duda aquellos brotes de dolor alguna angustiosa súplica, una y otra vez repetida; súplica que ella, sin conocerla, hacía propia en el fondo del alma, fortalecía con su oración y ayudaba con sus lágrimas. Porque la caridad jamás es impotente; siempre puede orar con el que ora; siempre puede llorar con el que derrama lágrimas.

Al terminar el Quinario, la señora salió decididamente, y se detuvo á la puerta. A poco apareció el anciano; una niña de doce años, modestamente vestida de luto, se le acercó entonces:

—¿Vamos á casa de don Tomás, abuelito? preguntó al anciano.

—No, hija mía, respondió éste con profundo abatimiento. Vamos á casa... No puedo más... Vamos á casa.

Y, apoyándose en el hombro de la niña, se dirigió, como la víspera, hacia la calle de las Armas. La señora los siguió de lejos.

Era ya la hora en que los templos se cierran, se abren

(1) El rey don Alonso el Sabio, en recuerdo de la fidelidad que le guardó Sevilla cuando el levantamiento de don Sancho el Bravo, añadió, á las armas de esta insigne ciudad, la empresa de una madeja anudada con el lema *NODO*, en esta forma: *NO S DO*. Esto es, *no madejado*, ó sea *no me ha dejado*.

los teatros y se iluminan los cafés: el mal extiende entonces del todo sus pérfidas redes; el bien parece replegarse gimiendo.

Poblaban los alrededores de la Campana y la salida de la calle de las Sierpes esos innumerables grupos de gente ociosa que, mirando desvanecerse el humo de un cigarro ó entretenidos en conversación inútil y acaso pecaminosa, dejan correr ese tiempo precioso que los ingleses llaman *dinero perdido*, y que es, á los ojos del cristiano que mira más lejos, gracia de Dios desperdiciada. Notábase en aquel paraje ese bullicio, ese movimiento propio de esta hora en los centros de las grandes capitales; cruzábanse por todas partes hombres y mujeres, unos en busca de negocios inciertos, otros de placeres lejanos, muchos de vicios refinados, pocos, ¡quizá ninguno! en busca de Dios, que se llama á sí mismo Padre común de todos. Nadie reparaba, sin embargo, en aquel triste grupo que caminaba solitario en medio de la multitud, guiando el anciano á la niña, como guía la experiencia á la inocencia; sosteniendo la niña al anciano, como sostiene la juventud á la vejez cansada. Nadie reparaba tampoco en aquella otra anciana, que los seguía fatigosamente, sin más móvil que la caridad, sin más esperanza que la de enjugar una lágrima. ¡Sólo el Ángel de la Guarda iba contando sus pasos!

Poco á poco fueron dejando atrás aquel bullicio, y, atravesando calles casi desiertas, llegaron al fin al lejano barrio de la Feria. Detuviéronse ante una modesta casa, situada al final de la calle Z\*\*, y, entrando ambos en ella, cerró el anciano por dentro la puerta del zaguán que daba á la calle. La señora examinó detenidamente la fachada de la casa, y apuntó casi á tientas en una carterita el número de ella; era el 69. Luego volvió á desandar lo andado, y, caminando penosamente, llegó al fin á la plaza del Triunfo. Destacábanse en el fondo los almenados muros del alcázar, joya morisca, sin más rival en el mundo que la Alhambra de Granada. La señora se dirigió á la puerta llamada de Banderas, y entró, como en casa propia, en la histórica morada de los Reyes de Castilla.

El reloj de la Catedral daba entonces las once, y en todo aquel trayecto había recorrido cerca de una legua aquella débil anciana, que contaba á la sazón más de ochenta años!

## II

La antecámara del señor gobernador se hallaba poblada de un sinnúmero de pretendientes de ambos sexos, cuyo lado ridículo han descrito tantas veces esas plumas satíricas que dejan caer sobre un dolor un chiste, como podrían colocar una careta de Carnaval sobre el rostro de un cadáver.

La ligereza volteriana de nuestra época pasa riéndose ante esos tipos de viudas de coroneles, no siempre problemáticos; de hijas de intendentes desconocidos, que acaso fueron más honrados que los que todo el mundo conoce; de capitanes retirados, que quizá no llegaron á generales por no volver contra su rey y contra su patria la espada mohosa que ciñen... ¡Ah! Levantad esas caretas de Carnaval, ciertamente ridículas, y encontraréis dolores ocultos, miserias calladas, virtudes sin premio, quizá crímenes impunes... Entonces comprenderéis el horror repugnante de esa sátira que cuelga de un corazón llagado los cascabeles de un arlequín; entonces se helará la risa en vuestros labios y aprenderéis á ser observadores más pro-





MALOS NAIPES

CUADRO DE W. HASSELBACH





BUENOS NAIPES

CUADRO DE W. HASSELBACH



fundos, críticos menos burlones y cristianos más caritativos.

Las oficinas del Gobierno habían de cerrarse de allí á dos días, hasta después de pasada la Semana Santa, y todos aquellos infelices se afanaban por ser los primeros en despachar sus pretensiones, temerosos de tener que suspenderlas hasta pasado ese tiempo.

El capitán general había llegado dos horas antes á conferenciar con el gobernador, y aumentado con esto la impaciencia y el disgusto de todos los que esperaban.

Un portero muy gordo y pequeño, vestido con una levita azul, galoneada de oro en las bocamangas, los disponía en turno, contestando á sus reclamaciones con esa grosería que pinta tan al vivo cuán cierto es que la más insoportable de todas las tiranías es la de los subalternos.

Paseábase aquel Júpiter tonante con una gravedad cómica, disparando rayos á todas partes, cual cohetes los castillos de fuego, y leyendo un periódico cuya lectura sólo interrumpía para dar una respuesta agria al que llegaba ó hacer una observación agresiva á cualquiera que, cansado de esperar, le dirigía la palabra.

Dos horas habían pasado desde la llegada del capitán general, cuando apareció en la antecámara la anciana señora que dimos á conocer á nuestros lectores en el Quinario del Santo Cristo.

—¿El señor gobernador? preguntó al portero.

—Ocupado, contestó éste sin levantar los ojos del periódico.

—Pásele usted esta tarjeta, dijo la señora, sacando una de su inseparable bolsito.

—¡Ocupado con el excelentísimo señor capitán general! tornó á decir el portero, recalando las palabras.

—No importa, persistió la anciana. Pásele usted esta tarjeta.

—¿Que no importa? gritó el portero girando sobre los talones, sorprendido de tanta audacia.

Y mirando de arriba á abajo á la modesta mortal que tal pretensión abrigaba, continuó colérico:

—¿Se ha pensado usted que va á salir el señor gobernador á llevarla en brazos á su despacho?... ¡Que no importa!... ¡Pues me gusta la salida!... ¡Siéntese en aquel rincón, y ya puede esperar un buen rato!

La señora, lejos de incomodarse, dejó ver en su rostro una ligera expresión de risueña curiosidad. Indudablemente debía de gustarle estudiar tipos, y el de aquel grotesco tiranuelo le había hecho gracia.

—Pase usted esta tarjeta, repitió, sin embargo, con imperio.

—¿Pero está usted sorda ó hablo en griego?

—Pase usted esta tarjeta al instante, ó...

Aquí bajó la señora de tal modo la voz, que sólo el portero pudo oír lo que dijo. Una mujer aseguraba luego que le había amenazado con la cárcel; otra, que le había dado un bolsito. Es lo cierto que el Júpiter de librea se apeó del Olimpo y, tomando la tarjeta, entró sin replicar palabra en el despacho del gobernador.

La sorpresa de todos subió de punto al ver que éste se presentaba en persona en la antecámara, seguido del capitán general.

—Pero, señora, exclamó dirigiéndose á la anciana, ¿por qué no me ha avisado usted y hubiera ido yo mismo á ponerme á sus órdenes?...

La señora tendió sonriendo una mano al gobernador y otra al capitán general, y los tres desaparecieron tras el pesado cortinaje que cubría la puerta.

Los circunstantes se miraron con la boca abierta, echándose en seguida á discurrir por el campo de las conjeturas. ¿Quién será esa mujer? se preguntaban todos. Unos decían que era un duende, otros aseguraban que era la *vieja del candilejo*; los más dijeron que era la reina Cristina, que había venido á Sevilla para ver las cofradías de Semana Santa. Esta versión fué la más aceptada, por la esperanza que abrigaron todos los pechos de que la ofendida reina haría ahorcar sin dilación alguna al insolente portero en mitad de la plaza de San Francisco.

—Había de parecer un melón de cuclga, dijo una vieja rencorosa.

Otra, en alto grado previsor, añadió:

—Pues como no le ahorquen con una maroma del muelle, de fijo rompe la sogá.

Mientras tanto el desdichado portero, condenado á la horca por crimen de lesa majestad contra la viuda de Fernando VII, se asomaba á una de las ventanas de las cabañerizas gritando:

—¡El coche del señor gobernador!

Y sin duda los negocios de la reina Cristina debían ser de fácil expedición, porque, diez minutos después de haber entrado, salía de nuevo á la antecámara, acompañada por ambas autoridades.

—Mañana á primera hora, le decía el gobernador, tendrá usted cuantas noticias sea posible averiguar... Yo mismo iré á llevárselas.

—Gracias, contestó la señora con sumo interés. Le espero á usted sin falta.

Advirtiéndole entonces el gobernador que su coche se hallaba dispuesto á la puerta. La señora se negó obstinadamente á aceptarlo.

—Al menos, dijo el capitán general, permita usted que la acompañe.

—Eso es para mí tanta honra, que no la desecho, replicó la anciana. Y, apoyándose en el brazo que el general le ofrecía, bajó lentamente aquella magnífica escalera del antiguo convento de San Pablo, que es el local ocupado hoy por las oficinas del Gobierno.

### III

—¿Qué noticias me trae usted? decía la señora al gobernador, incorporándose vivamente en su poltrona forrada de *reps* verde.

—Muchas en cantidad, malas en calidad, contestó éste sentándose.

La anciana separó un atrilillo que sostenía un libro alemán, y dejando en una cestita de labor una calceta á medio hacer, en que trabajaba al mismo tiempo que leía, se quitó las gafas; luego cruzó las manos, como para escuchar mejor.

—Veamos, veamos, dijo con gran interés.

—Desde ayer, dijo el gobernador, ha tenido usted en movimiento á toda la policía, y el resultado de sus investigaciones es éste.

Sacó entonces del bolsillo un papel lleno de apuntes, y comenzó á leer de esta manera:

«El inquilino de la casa núm. 69 de la calle Z\*\* se llama don Esteban Rodríguez; cuenta sesenta y dos años de edad y se halla en la mayor miseria. Su familia se compone de la mujer, paralítica hace siete años; una hija idiota, y seis nietos, hijos de otra hija, difunta hace tres meses, de los cuales tienen, la mayor doce años y el menor cuatro. Se ignora el paradero del padre de estos niños. Don Esteban Rodríguez ha estado empleado veinti-



trés años en las oficinas del Ayuntamiento, y quedó cesante hace tres, cuando la caída del ministerio. Desde entonces ha venido poco á poco á la miseria: debe al casero 3,625 reales, y éste le ha amenazado con embargarle los muebles y echarle de la casa si el día 5 del corriente, á las tres de la tarde, no le ha satisfecho la deuda...»

—¡Mañana es día 5! le interrumpió con terror la señora. ¡Mañana, Dios mío!... ¡Mañana, Viernes de Dolores!...

«Don Esteban no tiene con qué pagar, continuó leyendo el gobernador, y se sabe que el casero ha avisado ya para el embargo. El don Esteban es persona honrada y de toda confianza.»

El gobernador dejó el papel sobre la mesa, y la señora exclamó abatida:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Razón tenía para afligirse!

No bien quedó sola la anciana, volvió á leer detenidamente la nota de la policía; luego quedóse largo tiempo pensativa.

—¡Imposible! murmuró al fin, como respondiendo á sus propios pensamientos. ¡Imposible que Dios no oiga tantas súplicas!... ¡Imposible que, en el día de sus dolores, no remedie la Virgen Santísima uno tan grande!... ¡Si yo fuera rica!... ¡Si yo pudiera hacerlo en su nombre!...

De nuevo volvió á quedarse pensativa: algunas lágrimas brotaron de sus ojos azules y surcaron lentamente sus mejillas.

—¡A las tres de la tarde, Dios mío! murmuró levantando los ojos á un Crucifijo que coronaba el remate de un pupitre. ¡A las tres de la tarde, hora en que expiraste, se encontrarán esos infelices en la calle, sin amparo, sin abrigo!... ¡Seis niños, Virgen Santísima! ¡Seis niños, ángeles de Dios, ángeles tuyos!... Sin padre, sin madre, sin más sombra que la de ese anciano, que es la sombra de un sepulcro... ¡Pobres niños de mi alma!... ¡Virgen de los Dolores, Madre de los afligidos! ¡Por esa hora en que expiró tu Hijo, por ese Quinario en que un pobre anciano invoca su agonía, remédialos Tú, ó deja que en tu nombre, yo los remedie!

La señora escondió el rostro entre las manos y comenzó á sollozar. Acercóse al fin al pupitre y se puso á escribir una carta cuyo sobre iba dirigido al Excmo. Marqués de X\*\*\*, alcalde primero de Sevilla: al pie del sobrescrito añadió esta palabra: *Urgentísima*.

Tres horas después recibía un oficio de la Alcaldía: la anciana rompió el sobre apresuradamente, y una alegre exclamación se escapó de sus labios. Había encontrado la credencial, ya firmada, de un destino en las oficinas del Ayuntamiento, y una cariñosa carta del alcalde que se la remitía. El nombre del agraciado estaba en blanco; la anciana escribió en el hueco: *En favor de D. Esteban Rodríguez*.

Abrió luego un cajoncito del pupitre, cerrado con llave: en el fondo había varias monedas de oro y algunos billetes de Banco. La anciana se puso á contarlos: eran seis de á mil reales cada uno.

—Hasta Junio no puedo cobrar más, murmuró entre dientes.—¿Qué importa?... A mí no han de embargarme...

Y, envolviendo los seis billetes en la credencial del destino, lo encerró todo en un sobre, sin firma ni carta alguna, y puso el sobrescrito de este modo: *La Virgen de los Dolores á su devoto*; y por debajo añadió el nombre del anciano cesante.

Luego se marchó al Quinario, y aunque vió desde lejos al anciano, inmóvil y lloroso como todos los días, la se-

ñora ya no lloraba: movía los labios como si orase, y de cuando en cuando se sonreía...

## IV

El Viernes de Dolores era, como ya dijimos, el último día del Quinario, y llegó la señora más temprano que de costumbre á la capilla del Cristo: el sitio del anciano estaba vacío.

—Vendrá de seguro, pensó la anciana.—Es temprano todavía.

Pero el tiempo transcurría insensiblemente: ya el Quinario había comenzado, y el desgraciado cesante no venía.

—¿Qué habrá sucedido? pensaba la anciana. Su desgracia está ya remediada; su porvenir asegurado... ¿Será una de tantas almas que invocan á Dios en los dolores y no le dan gracias en las alegrías?

Un rumor de pasos, y ese cuchicheo que se nota en las iglesias cuando ocurre algo inusitado, distrajeran su atención. La curiosidad la impulsó á volver el rostro: la reverencia la contuvo. Vió al fin dos hombres que pasaban delante de ella, conduciendo en una silla de brazos á una mujer tullida; detrás venían seis niños pequeñitos, vestidos de luto.

Colocaron ambos hombres la silla de la tullida casi al pie del presbiterio: uno de ellos, que parecía un mozo de cordel, salió de la iglesia; el otro, que era el anciano, fué á arrodillarse en su sitio acostumbrado al pie del cirio. Parecía rejuvenecido, y, aunque de sus ojos se desprendían lágrimas, eran de gratitud y de alegría. ¡También ésta tiene las suyas!

Los niños se habían arrodillado en torno de la paralítica: por una feliz coincidencia vino á caer la mayor de las niñas al lado mismo de la anciana, que atentamente las observaba.

—¿Es esa señora tu mamá? preguntó á la niña.

—Es mi abuelita.

—¿Está enferma?

—Está tullida; pero hoy ha hecho la Virgen un milagro con nosotros, y ha querido que vengamos todos á darle las gracias.

La señora no preguntó más; bajó cuanto pudo el velo de su mantilla, y gustó á solas y en silencio ese dulce placer que los ángeles encuentran santo; ese incentivo divino que, para impulsarlos á la caridad, señaló Dios á los poderosos, y que tantos jamás han gustado en su vida. ¡El placer de hacer felices!

Y, sin embargo, aquella anciana no era rica; aquella anciana, que hacía limosnas de príncipe, debía sólo al favor de sus poderosos amigos una morada en el Alcázar. Aquella anciana, opulenta en otros tiempos, vivía entonces del producto de su privilegiado talento; aquella anciana era, en fin, la que, sin saberlo, se había retratado á sí misma al dejar consignado en un libro precioso: «El saber es algo; el genio es más; pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos.»

Aquella anciana era la ilustre marquesa de Arco Hermoso, Cecilia Böhl de Faber, conocida en todo el mundo literario con el seudónimo de *Fernán Caballero* (1).

P. LUIS COLOMA.

(1) El autor de esta verídica narración, que se honró con la amistad íntima de esta tan ilustre como piadosa señora, obtuvo la mayor parte de sus pormenores de las mismas personas que intervinieron en este hermoso hecho, logrando también arrancar algunos de ellos á la misma protagonista. Excusado nos parece advertir que el nombre y destino del llamado don Esteban Rodríguez son completamente supuestos.



## NUESTROS GRABADOS

### En la poltrona

CUADRO DE JOSÉ M. TAMBURINI

A sus tareas caseras da tregua por algún rato la doncella pintada por el reputado artista José M. Tamburini, arrellanándose en una butaca y dándose aires de señora. Paladea el descanso que el cómodo sitio le ofrece, lo cual muestra su rostro complaciente, y trazas lleva de estarle largo tiempo en tan cómoda postura si no temiese que a lo mejor pudiera sorprenderla en ella su ama y darle reprensión merecidísima por su holgazanería. Tamburini ha sacado el tipo de la doncella que se ve en su cuadro de la realidad misma; parece que uno la ha encontrado en alguna de las casas que frecuenta. Exactísimo es también su vestido, que podría llamarse de doncella acomodada ó dígame de camarera que sirve a gentes de posición desahogada. Un pincel elegante en el diseñar y tanto ó más elegante en el colorido le sirven á maravilla á nuestro artista para imprimir carácter distinguido á toda clase de asuntos, poniéndole así el sello propio del arte, sin el cual no tiene interés duradero ninguna obra de pintura ni de escultura. Tamburini es artista y artista que siente con delicadeza, y la misma obrita que damos en este número lo dice elocuentemente, á pesar de su sencillo tema y de que en el trasunto no pueda verse y si sólo adivinarse la finísima armonía de su colorido.

### Malos naipes.—Buenos naipes

CUADROS DE W. HASSELBACH

Pase que se juegue alguna vez á los naipes para matar el tiempo y sin atravesar dinero de importancia. Así lo hacen cuantos no son jugadores y buscan sólo algún rato de distracción. Mas para el jugador la cosa varía completamente de aspecto. Lo que es en los primeros entretenimiento en horas perdidas, del que no se acuerdan luego en la vida ordinaria del trabajo y de la familia, se convierte para el segundo en afán constante de su existencia, que le ocupa la cabeza en todos los instantes. ¡Qué de desear que llegue la hora en que poder entregarse á su pasión favorita! ¡Qué de desazones si por acaso ha de retardarla aun cuando no fuere más que por algunos minutos! ¡Cómo hace con desapego todo lo que le incumbe por su profesión ú oficio, atento sólo á que llegue la hora deseada de probar fortuna! Porque el jugador apasionado por el juego no coge las cartas ni el taco de billar, y menos las primeras, si no espera ganar dinero, aun cuando, conforme lo dice muy bien nuestro don Juan de Zabaleta: «con el dinero ganado á los naipes, jamás se compra cosa que aproveche: parece dinero pintado.» No siempre le da el naipe bueno, y entonces ¡adiós fortuna! ¡adiós dinero! Mas no por esto escarmenta, antes, por contrario sentido, se empeña en tentar nuevamente la suerte, en buscar el desquite, creído de que no siempre el hado ha de serle adverso, y que ya por tener mejores naipes, ya por aventajar el compañero en habilidad, se llevará los tantos de los platitos y con ellos la plata, el oro y los billetes del Banco. No pasan así las cosas, antes vuelve á perder, y aquí de los apuros y aquí de los recursos é invenciones para procurarse dinero, porque de la palabra no fían los jugadores, pues bien saben que nada hay que fiar en la que empeñan gentes de su calaña. Entonces vienen los sinsabores, las desdichas, hasta las tragedias domésticas, sobre todo si el infeliz jugador es padre de familia. Para hacer alguna cantidad lo malbarata todo, pidiendo primero á préstamo sobre las alhajas que posee, malvendiéndolas después y malvendiendo hasta muebles y vajilla, siempre con el ansia de dar con el naipe bueno, de hacer una serie de jugadas con crecidas apuestas que le cambien de pobre en rico. ¡Ilusión engañosa! El mal se le acrecienta de día en día y más si frecuente alguno de esos antros de perdición, llamados casas de juego, establecidos á escondidas de la autoridad, carcoma horrible de la sociedad contemporánea y contra los cuales es menester que empleen toda su energía cuantos conserven aún sentimientos honrados. De ellas, dice en su conceptuoso estilo el citado Zabaleta, en su cuadro *La casa de juego*: «En las casas de juego llaman á los nuevos blancos, porque entran cándidos. De los que las han cursado algún tiempo, dicen que son negros como la pez. Lo que aprendieron allí les quitó la blancura de la sinceridad. Negros han quedado con las malicias, sin inocencia con las felicidades.» La verdad es que no puede tenerlas el jugador ni cuantos le rodean. ¡Desdichada esposa, infelices hijos! La miseria les espera por remate si acaso su marido y su padre, en medio de la desesperación, no busca un término á sus males en el espantable, en el horrible suicidio. Cifra y compendio de todo esto vienen á ser los dos jugadores de naipes tan hábilmente pintados por el artista alemán W. Hasselbach. Con inquieta mirada, rasándose la oreja contempla los naipes el que los tiene malos; con pícaro sonrisa, con satisfacción íntima por vencer al contrario mira los suyos el que los ha sacado buenos. Cambiáranse pronto los papeles y el mohín del primero se trocara en sonrisa y al revés en el segundo, que tales son los azares del juego, cuando por añadidura no les acompaña la borrachera, pues bebedores suelen ser los que juegan mucho á los naipes, según lo dicen los mismos excelentes cuadros del referido pintor Hasselbach que reproducimos en este número.

### Mesa revuelta

El tiempo en que se digiere una sustancia depende, no sólo de su clase, sino también del condimento que se le haya dado. Los alimentos que tardan menos en digerirse convienen á las personas delicadas ó que sufran de dispepsias ó malas digestiones, importando conocer el grado de digestibilidad de los alimentos, para lo cual á continuación damos el de algunos de uso común, expresando el tiempo que se tarda en su digestión:—Arroz hervido, una hora.—Pies de cerdo en adobo, hervidos, una hora.—Truchas fritas ó hervidas, una hora y media.—Sopa de sémola, una hora y media.—Manzanas dulces muy maduras, crudas, una hora y media.—Sesos hervidos, una hora y tres cuartos.—Sagú hervida, una hora y tres cuartos.—Tapioca hervida, dos horas.—Leche hervida, dos horas.—Hígado de buey fresco en parrillas, dos horas.—Huevos frescos, crudos, dos horas.—Manzanas agrias y muy maduras, crudas, dos horas.—Leche sin hervir, dos horas y cuarto.—Gelatina, dos horas y media.—Ganso silvestre asado, dos horas y media.—Lechoncillo asado, dos horas y media.—Corderito fresco hervido, dos horas y media.—Judías verdes hervidas, dos horas y media.—Nabos hervidos, dos horas y media.—Patatas fritas ó cocidas al horno, dos horas y media.—Pollo en fricandó, dos horas y tres cuartos.—Buey con un poco de sal, cocido, dos horas y tres cuartos.—Ostras frescas, crudas, dos horas y tres cuartos.—Huevos frescos pasados por agua, tres horas.—Bifteck, en parrillas, tres horas.—Puerco recién salado al horno, tres horas.—Carnero fresco, cocido ó en parrillas, tres horas.—Sopa con judías, tres horas.—Sopa de pollo, tres horas.—Budin de manzanas, tres horas.—Ostras frescas asadas, tres horas y cuarto.—Puerco recién salado en parrillas, tres horas y cuarto.—Chuleta de cerdo á la parrilla, tres horas y cuarto.—Carnero fresco, asado, tres horas y cuarto.—Pan de candeal, tres horas y cuarto.—Zanahoria encarnada, hervida, tres horas y cuarto.—Salchicha á la parrilla, tres horas y cuarto.—Buey magro fresco, asado, tres horas y media.—Buey con mostaza, hervido, tres horas y media.—Manteca derretida, tres horas y media.—Queso duro, tres horas y media.—Sopa de carnero, tres horas y media.—Sopa con ostras, tres horas y media.—Pan blanco tierno, tres horas y media.—Nabos tiernos, hervidos, tres horas y media.—Patatas hervidas, tres horas y media.—Huevos frescos, duros ó fritos, tres horas y media.—Habas hervidas, tres horas y tres cuartos.—Acelgas cocidas, tres horas y tres cuartos.—Salmón salado hervido, cuatro horas.—Buey frito, cuatro horas.—Ternera fresca hervida, cuatro horas.—Gallina de corral hervida ó asada, cuatro horas.—Pato doméstico, asado, cuatro horas.—Sopa de buey, con legumbres, cuatro horas.—Buey salado viejo, hervido, cuatro horas y cuarto.—Cerdo recién salado, frito ó hervido, cuatro horas y cuarto.—Ternera fresca frita, cuatro horas y media.—Pato silvestre asado, cuatro horas y media.—Grasa de carnero hervida, cuatro horas y media.—Grasa de buey fresca hervida, cinco horas y cuarto.—Cerdo mechado, asado cinco horas y cuarto.—Tendón hervido, cinco horas y cuarto.

\* \* \*

Cuando entra en el ojo polvo ó alguna materia sólida, no hay que frotar el ojo, sino que lo mejor es lavarlo con agua, teniéndolo abierto dentro de ella; la clara de huevo



# UN VALIENTE

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



1.—¡Ave María Purísima! ¡y qué valiente me siento hoy! pero... ¡qué valiente!...



2.—No, pues... ¡que se me ponga delante otro valiente!...



3.—Quita, hombre; ¡déjame pasar!... ¡Que no seas lila te digo!



4.—¿Conque quieres probarme la paciencia?... Pues encomienda tu alma á Dios...



5.—Y.....!!



6.—¡Lleva armas de fuego! ¡¡ Asesino !!



es muy buena cuando se han introducido en el ojo partículas agudas minerales, limaduras metálicas ó serrín; la leche cuajada alivia los accidentes originados por la cal, colores y tabaco; el aceite es un buen calmante, pero ofrece inconvenientes contra el polvo de cantáridas y otros insectos; las partículas de hierro se extraen por medio de un imán, ó por medio de una cerda doblada que se introduce entre el párpado y el ojo, moviéndola en todas direcciones hasta conseguir la extracción. Todo frotamiento es nocivo, y para facilitar la salida de todo cuerpo sólido se cierra el ojo sano y se deja abierto el otro para que la natural excitación de la partícula produzca lagrimeo, y con las lágrimas salga aquélla.

Si se introduce en el oído un insecto, se pondrá el individuo acostado del lado opuesto, á fin de recibir en el otro oído aceite gota á gota hasta que aquél salga y se saque por medio de unas pinzas ó de un papelito arrollado. Si entra en el oído un cuerpo que se hinche con la humedad, como judía ó garbanzo, no hay que perder tiempo y debe sacarse con una horquilla doblada en su centro formando ángulo obtuso, de manera que resulte como una especie de cuchara, cuyas extremidades, libres, ó sea las púas, se clavan en un corcho para que sirva de mango. Se coloca el operador detrás de la oreja, la cual tirará hacia arriba y hacia la nuca, de modo que pueda ver el conducto del oído todo lo profundamente posible; se unta el instrumento con aceite y se introduce en el interior del oído de modo que coja por detrás al cuerpo extraño, y una vez abrazado se le saca. También pueden intentarse inyecciones de agua caliente ó de aceite.

Para extraer los cuerpos extraños introducidos en la nariz, se obliga al paciente á que haga una fuerte inspiración de aire, se cierra la boca y se espira el aire por la nariz, ó bien se hacen cosquillas en las fosas nasales con las barbas de una pluma, ó se estimula con un poco de tabaco para que se estornude.

Cuando quedan obstáculos en la garganta se bebe agua, y si no basta, se procura extraerlos con unas pinzas, haciendo abrir la boca y deprimiendo la lengua con una cuchara, ó bien se facilita el vómito haciendo cosquillas en la garganta ó echándole un poco de polvo de tabaco. Para facilitar que baje al estómago, se pueden tomar sorbos de agua ó de aceite. Si es un cuerpo agudo ó punzante, como un hueso, aguja, espina, trozo de vidrio, etc., conviene tragar un trozo bastante grande de miga de pan, no muy masticado, ó un pedazo de carne ó de tocino. Cuando se habla ó ríe durante la deglución, algún alimento puede introducirse en la laringe ó traquearteria, y en este caso el paciente debe inclinar la cabeza hacia adelante, promover el vómito ó estornudo y golpearle las paletillas hasta que se arroje el objeto.

Los cuerpos extraños introducidos en el estómago como piedras, balas, monedas, etc., suelen salir naturalmente expelidos por las heces, facilitándolo el tomar sustancias grasientas y darse lavativas de agua caliente con aceite, de leche, ó de cocimiento de zaragatona. Si se ha tragado un insecto ó un gusano tómese un granito de alcanfor deshecho en aceite, y bébase agua muy azucarada, con lo cual se calman los dolores.

Cuando se clava en la piel una espina, se procura su extracción con unas pinzas, ó se unta la piel con aceite y se aproxima al calor, raspando con un cuchillo la piel en la dirección que facilite la salida del pincho; si se produce supuración, con ella sale el objeto, y para remediar la inflamación se puede lavar la herida con agua arnicada.

\* \* \*

Una mujer atrevida, natural de Macedonia, viniendo ante el rey Demetrio, muy aquejada para pedir justicia, fué respondido por el mismo rey que no podía por entonces porque estaba ocupado en ciertos negocios. Dijole ella:—Pues no puedes oír, deja de ser rey.—Por esta aguda y atrevida respuesta fué oída, y le hizo luego justicia.

\* \* \*

Entre las personas que llevan reloj, muy pocas se han hecho cargo de lo complicado de su mecanismo, de la extraordinaria actividad de sus diversos órganos, y de que cualquier otra máquina sometida á las condiciones en que se encuentra un reloj de bolsillo, es decir, á incessantes cambios de sitio y de posición, pronto dejaría de funcionar.

Muchos creen que un reloj de bolsillo debe andar con regularidad y exactitud por espacio de años enteros, sin que haya necesidad de introducir en él una gota de aceite, y por otra parte no les sorprende que las otras máquinas deban ser engrasadas diariamente, so pena de no funcionar.

Las precedentes consideraciones nos han sido sugeridas por haber oído á persona competente hacer los siguientes cálculos: la rueda principal da cuatro revoluciones en 24 horas, ó sean 1,460 en un año; la rueda central, 24 revoluciones en 24 horas, ó sean 7,760 en un año; la tercera rueda, 192 en el mismo espacio de tiempo ó sean 60,080 en un año; la cuarta 1,440 ó sean 526,600 en un año, y la quinta (rueda de escape) 12,864 que representan la enorme suma de 4,728,400 revoluciones anuales; las sacudidas y vibraciones que comunican á las agujas son en número de 388,800 diarias ó sea 141.812,900 en un año.

Bien podemos asegurar, pues, que sin hacer el menor caso, llevamos en el bolsillo una verdadera maravilla de exactitud y actividad.

\* \* \*

El hombre superior es impasible por su naturaleza; poco le importa que le alaben ó le censuren: no escucha más que su conciencia.—NAPOLEÓN.

\* \* \*

El rico que no mira á los pobres como acreedores, engaña á la Providencia.—DE LA BOUISSE.

\* \* \*

Los que quieren apurar la copa de la vida hasta el fondo, no se maravillen si encuentran muchas heces.—FRANCKLIN.

\* \* \*

El magistrado que no es héroe, ni siquiera llega á ser hombre de bien.—D'AGUESSEAU.

\* \* \*

La independencia de la magistratura es tan necesaria como la misma justicia.—J. M.

\* \* \*

No puede ser muy duradero el poder que hace á muchos desgraciados. Llega un instante en que el miedo une á los que se quejaban aisladamente.—SÉNECA.



## Recreos instructivos

—Vamos á ver: ¿no les gustaría á ustedes contemplar un pequeño espectáculo de magia blanca?

—Efectivamente: si, como esperamos, no nos da usted algún susto con la aparición inesperada de alguna fantasma ó cosa por el estilo.

—No será fantasma, pero sí un trasunto de algo que tiene vida y que suele asustar mucho á las niñas... y á los hombres también.

—¿Qué será, pues?

—Me explicaré: ustedes saben que en Historia Natural se llama *Saurios* á los reptiles de cuatro patas cuyo tipo es el cocodrilo...

—¡Qué asco y qué miedo! ¡un cocodrilo!

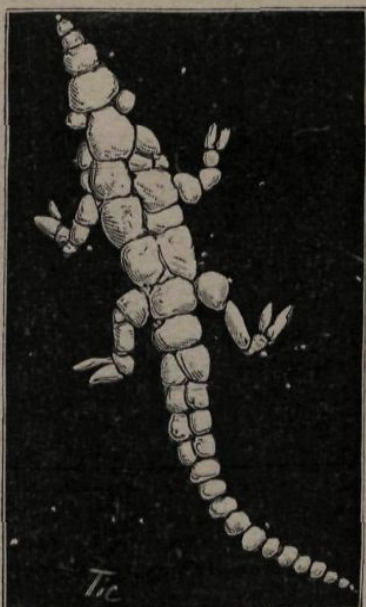
—Efectivamente: esos reptiles, por su poco agradable forma y color sucio merecen, con justicia, el desagrado de todas las personas; y á más, por su voracidad cruel é insaciable, son el terror de las pobres gentes que tienen la desgracia de morar cerca de los ríos infestados por tan temibles animales; pero el que yo voy á presentar...

—¿Va usted á presentar algún horrible caimán?

—No, señoritas; un pequeño é inofensivo *saurio* que, como decía cierto químico demasiado cortésano, delante del rey Luis XIV, *va á tener el honor* de hacer algunas planchas en el agua de una cubeta, en presencia de ustedes, sin que su aspecto les cause terror ni repugnancia ninguna.

—Ya veremos: y ¿qué hacía ese químico á que usted se refiere?

—Nada de particular, pero se hizo célebre con la frase cortesana que he parodiado. Demostraba cierto fenómeno de química delante del rey, y para anunciarlo, dijo con la mayor gravedad del mundo: *Estos dos cuerpos van á tener el honor de combinarse delante de S. M.*



Pero dejemos ese detalle retrospectivo. Se trata ahora de aprovechar las fuerzas latentes de los cuerpos, de manera que nos produzcan con el movimiento la apariencia de la vida: aguarden ustedes un ratito y vuelvo luego con mi operación mágica terminada á gusto de todos.

—¡Ay Dios mío! ¿qué animalucho es este? ¡y cómo mueve las patas por el agua! ¡y parece de hueso!

—No es más que una combinación de trozos de alcanfor unidos entre sí por la fuerza de cohesión, y que teniendo una densidad casi igual á la del agua, flota, aunque algo sumergido, y se mueve y colea como un verdadero saurio.

—¡Pero si parece que está vivo! ¡por nada del mundo iba yo á tocarlo!

—Clarita, ¿no ves que está hecho con trozos de alcanfor? ya se siente el olor: si este caimán es feo, por lo menos tiene un perfume agradable; ¡mira cómo se mueve!... aun sabiendo que no es un animal, cuesta persuadirse de ello; y con el mismo procedimiento se podrían imitar ranas y peces.

—Efectivamente; esos movimientos son debidos á un trabajo latente de las moléculas que forman el alcanfor, producto vegetal, de aspecto mineral, y que tiene muchas aplicaciones; las leyes que rigen estas fuerzas moleculares no están determinadas todavía, pero se aprovechan en mecánica y en física: es muy posible que las corrientes electro-magnéticas no sean más que la manifestación de esas fuerzas, y ya saben ustedes que desde el pararrayos hasta el teléfono y el micrófono se ha sacado gran partido de la existencia de esas misteriosas corrientes naturales.

El murciélago, infeliz quiróptero ciego de nacimiento, vuela sin chocar nunca con el obstáculo, y sabe muy bien adónde va, sólo porque merced á su oído y tacto finísimos percibe los movimientos vibratorios de las ondas atmosféricas, tal como nosotros vemos las ondulaciones del agua; así, pues, basta de momento aprovecharse de las fuerzas naturales, cuya existencia está probada, ínterin se llega á conocer las leyes que las rigen, y resumiendo: ¿les causa todavía horror nuestro inofensivo saurio?

—No, señor: y además ya no nos parece tan tonto y tan feo el señor murciélago.

—Tienen ustedes razón; en el mundo nada hay que sea enteramente feo, exceptuando el vicio, que es el conjunto de todas las fealdades.

JULIÁN.

### Soluciones al cuadro mágico:

RUSA	ASIR
RASA	ASUR
ROSA	ASAR
RISA	

### JEROGLÍFICO

DI RO BC ID

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.<sup>ª</sup>*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



SECCIÓN DE ANUNCIOS

# CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA CANO, JOVER, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAN, ORTEGO, PUEBLA, ROSALES, SOLE. — Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas a UN REAL la entrega

## EL CONTINENTE MISTERIOSO

LAS FUENTES DEL NILO.—LOS GRANDES  
LAGOS DEL ÁFRICA ECUATORIAL.—DEL RIO LIVINGSTONE  
AL OCEANO ATLÁNTICO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN

Adornada con láminas sueltas, grabados en el texto y varios mapas iluminados

ÚNICA TRADUCCIÓN AUTORIZADA POR EL AUTOR

La importante obra EL CONTINENTE MISTERIOSO se publica por entregas de cuatro páginas en folio y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 100 reales.

## EN EL ÁFRICA TENEBROSA

HISTORIA

DE LA EXPEDICIÓN EMPRENDIDA EN BUSCA Y AUXILIO

DE

EMIN

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA ECUATORIAL EGIPCIA

ÚNICA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA PUBLICADA CON ANUENCIA DEL AUTOR

MAGNÍFICOS REGALOS

Esta importante obra forma un abultado tomo y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 132 reales.

# SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

**Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.** — Combinación a puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

**Línea de Filipinas.** — Extensión a Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, a partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, a partir del 12 de Enero de 1892.

**Línea de Buenos Aires.** — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

**Línea de Fernando Póo.** — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

**Servicios de África.** — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona a Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

**Servicio de Tánger.** — Tres salidas a la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**AVISO IMPORTANTE.** — La Compañía previene a los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará a los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.<sup>ta</sup>, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.<sup>ta</sup> — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.<sup>ta</sup> — Málaga; don Luis Duarte.

## MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor  
del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de  
PIEDRA (por Alhama de Aragón)

## MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



# WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR  
AL CONTADO Y A PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —